

1898—1998: EL SIGLO DE LA MUTACION HISPANA

Por MANUEL LIZCANO PELLÓN

De la nueva pérdida de España al nuevo Siglo de Oro

- a) Las dos Españas fueron tres: los que han sido dos son nuestros Desengaños
- b) Cuál es la composición de la «tercera España», que es la primera
- c) Donde aparecen ya las aves de vuelo bajo y las de vuelo alto

El nuevo estar español en la realidad: mutación interna y cambio planetario

- a) Está claro que no hay «ser» de España, ni de nada
- b) No es sana la situación de «prosperidad con amnesia»

El nuevo estar español en la actualidad: ya no podemos dar un paso sin Zubiri

- a) Toda gran época naciente crea su propia concepción global
- b) Las «utopías» modernas empezaron por ser «evangelismos políticos»
- c) Lo que dejan intacto las diferentes secularizaciones «utópicas»

El nuevo estar español en el u—topos: en el lenguaje tenemos intacta la memoria que perdimos

- a) La «reaudición» del u—topos que mueve a los pueblos
- b) Los que cada día construyen lo invisible de la «ciudad final»

De nuevo todo nos es posible, según lo queramos

Un lector superficial podría pensar, visto lo que se polemiza en la prensa y desde algunos libros importantes, que en lo que respecta a España los españoles seguimos estando donde hace cien años. Que todo se reduciría a cómo los de una España viven enfurecidos contra los españoles de la otra. Sin embargo, a poco que se reflexione, semejante imagen resulta tan interesada como falsa. Interesada, porque esa mentalidad radicalmente escindida es ya sólo el «interés» intelectual de sectores minoritarios, públicamente influyentes pero apenas incrustados en la robusta musculatura de esta sociedad, hoy físicamente recuperada. Falsa, porque cualquiera diría que aquí cuenta nada más que un juego, hace cien años y ahora, que enfrenta a ambos mitos de las tópicas «dos Españas», como si toda la conciencia o la intelección de los españoles se redujese a un conflicto político sin principio ni fin: a este par de fantasmas ideológicos exhibidos, primero por los franquistas de los años cincuenta y luego por su réplica progresista hasta el día de hoy.

También es cierto que esta falsedad ya no hace demasiado daño. Al principio sí. Desembocó nada menos que en algo tan complejo, asombroso y tremendo como 1936. Hoy, en cambio, los restos de ese anticuado pensamiento dicotómico, maniáticamente escindido en dos, apenas valen más que una piedra pequeña, empeñada en molestar dentro de un buen calzado. Lo que quiero hacer ahora es tratar precisamente de razonar este juicio con el mayor rigor posible, dado el escenario concreto de noviembre de 1997 en que me estoy moviendo.

Sí vale la pena advertir que lo que los españoles nos estamos trayendo entre manos durante este siglo que finaliza (y mucho más en concreto a partir del poderoso salto mutacional colectivo de 1936), de lo que en realidad está pendiente es de que consigamos despejar de una vez este fastidioso prejuicio residual de las hoy ya pelmas «dos Españas». Si siempre es indispensable al espíritu la actitud de ánimo dispuesta a subvertir los valores del sistema de ideas establecido que nos toca recibir (en tanto que su empedrado de metáforas muertas nos cierra las salidas para crear todas las posibilidades nuevas que están emergiendo en nuestro campo de realidad), pocas situaciones empíricas podrán encontrarse en que a esa fuerza mental descubridora se le prometa tanto, y le sea tan fácil construirlo, como el actual momento español.

Y si además, pese a la confusión que acabo de advertir, bien puede afirmarse que a partir de 1898 Cuba, Puerto Rico y Filipinas, dolorida, pacientemente, cada una a su modo y desde su singular pozo de sombras,

se yerguen a estas alturas como auténticas *nuevas Españas*, mucho más cierto es esto aún para la propia España. Desde el «Desastre» acá, no hay en estos momentos en todo el mundo hispano —o iberohablante— caso más llamativo de «nueva España» que éste de la matriz misma a la que por antonomasia seguimos llamando España. La integrada por los viejos pueblos peninsulares, balear y canario, generadores desde hace mil años de la actual civilización planetaria hispánica.

De la nueva pérdida de España al nuevo Siglo de Oro

a) Las dos Españas fueron tres: los que han sido dos son nuestros Desengaños

Todo el secreto de España —aunque fuese el consabido secreto a voces— está, en efecto, en que las famosas «dos Españas» del cuento ideológico en realidad son tres. Para que no cuadraran las cuentas bastaba con escamotear la tercera España, esto es, la primera y fundamental. Lo mismo tradicionalistas que progresistas se las ingenieron obcecadamente bien, y durante no pocas generaciones, para que fuese difícil adivinar dónde estaba su trampa dialéctica, tras la que ambos se identificaban falsamente con España. El caso es que metidos en esa trampa andaban confundidos los españoles desde su primer Desengaño, el del XVII. Ahora estamos ya en el segundo «Desengaño», el del paraíso progresista, cuyo postrer resplandor sedujo a una generación española durante el mimetismo aquel de nuestros años sesenta a la francesa y californiana.

Aunque no todo sería pura pérdida, si ahora sabemos reaccionar a tiempo. Pues ante lo que en realidad nos pone el agotamiento de nuestro complejo multisecular de las dos Españas es ante las dos realidades que ambas entelequias ocultaban: la realidad cruda de nuestros dos Desengaños. Y por aquí anda, a mi juicio, la salida.

Nadie va a hacer por nosotros, si no sabemos hacerla, una relectura entera de lo que estamos siendo los españoles —todos los pueblos hispánicos— en la historia de Occidente y de modo muy directo en la universal humana. Decíamos que es propio de toda época agudamente crítica el poner a prueba la capacidad creadora de pensarlo todo de nuevo, de subvertir las convenciones heredadas, y de barrer las metáforas muertas. Con lo cual, si tenemos curación, que la tenemos, no nos pueden doler prendas al enfrentarnos con nuestro mal. Sólo nos falta ahora que tirios y troyanos acepten reconocerse en el espejo. Pero a cambio, nuestra recompensa, sobre todo la comparativa en el ámbito internacional, no tendría límites.

Puntualicemos de momento el doble Engaño que nuestros dos Desengaños —la máscara de los cuales son las «dos Españas»— han dejado ya virtualmente detrás de nosotros. El primer Engaño ha sido cronológicamente, el tradicionalista. Se empezó a concebir desde la desolación de la derrota, en muchos frentes a la vez, que trajeron consigo la aventura y la decadencia imperial, mediado el siglo XVII. El segundo fue la ilusión del «cambio de alma», cuando se concibió la salida en falso del dieciochesco afrancesamiento ilustrado. Se pensó —era ya una vez más— que de fuera nos traían la solución a todos nuestros problemas internos. No sólo había que unirse en cierto escenario material con Europa, sino «ser como ellos».

Pero no deja de ser curioso advertir que en este despertar de ahora, a la vez del primer Engaño y del segundo, les llevamos considerable ventaja a nuestros actuales socios europeos y norteamericano. Ya que al paso de sus tres Imperios sucesivos —el francés, el inglés y el estadounidense—, recién están entrando ellos al primer Desengaño suyo. En algo nos tenía que favorecer aquello de haber antecedido nuestro Imperio, el primero de la Modernidad occidental, a los tres suyos posteriores. Prioridad cronológica que tan amargamente hubimos de pagar, a manos de estos nuestros rivales sucesivos y de nuestra propia incompetencia ante la nueva situación, con ocasión de aquel primer Desengaño nuestro: el de las dos grandes generaciones del Barroco español.

Es el trance equivalente de aquello el que entiendo que hoy están apurando Francia y el Reino Unido; y lo que empieza a amargar de lleno, a manos de las transnacionales de la mundialización, la primera euforia dineraria ingenua de los Estados Unidos. Pero para los españoles fueron aquellos todos los que condujeron a la gran Revolución mutacional de nuestro siglo, en la que ha muerto (para volver a nacer) toda la civilización hispanohablante. En tanto que a nuestros socios occidentales de hoy (con quienes la suerte nos ha unido en un pacto de nueva lealtad recíproca, por el cual no podemos dejar de desearles lo mejor) les queda todavía necesariamente mucho tiempo de turbulencias por delante para llegar a sufrir su respectiva metamorfosis renaciente. A nosotros el trago nos duró enteros los siglos XVIII y XIX.

Al hilo de todo esto, volvamos ahora con más holgura a lo que decíamos antes. Lo de las tres Españas que a fuerza de no mirar casi nadie a la primera y fundamental sólo parecían dos. Ya señalamos el enorme hueco central que el eufemismo de las dos Españas dejaba en medio de ambas extremosidades. Por un lado, la distorsión de quienes, ante nuestro tiempo

de «apagón» universal, dedujeron falsamente que su ideal de un «ser» eterno de España les aseguraba como grandes protagonistas colectivos, a título de nostálgicos de una tradición que no sabían valorar más que en versión de manual y acartonada. Por el otro, los creyentes en el mito del Progreso o de la Razón (según por donde se mirase), que se pasaron la vida ensalzando su respectiva verdad «de libro», concebida para un pueblo que no era el suyo y despóticamente propinada al propio.

Pues bien: lo que en la ancha franja de enmedio quedaba era nada menos que la sustantividad entera, el conjunto vivo y no mutilado de las características de nuestro vivir común como civilización de primera importancia en la historia humana. En una palabra, lo que entre progresistas y tradicionalistas quedaba perdido sólo era lo que en realidad fuese España, la España real y verdadera. Y el campo estricto de sus cultivadores y gestores era el de los (nunca nombrados más que de soslayo) hispanistas o humanistas. No sé si éste será el nombre más adecuado y definitivo para los que no son los unos ni los otros. Pero pienso que concederles su propia voz es lo que más nos apremia en esta hora en que los españoles han recuperado saludablemente —dentro de lo humano— su experiencia democrática, así como su plena forma «material». Aunque siguen adoleciendo sin embargo, «a ojos vistas», de una aguda amnesia «espiritual».

Pues, como también todo el mundo sabe, en el momento en que nos recuperemos de esta amnesia dejará el «secreto de España» de ser un ejercicio especulativo estrábico, para volver a lo suyo: a fluir como nuestro fundamento motor o manantial. (Nunca para informar a «toda» la sociedad. —La «masa» de «teleadictos», o cualquier otra forma análoga de embobamiento colectivo, presenta un número más o menos constante en cualquier época—. Pero sí para fecundar al común y a sus fermentos creadores. A fin de cuentas, nunca pasó de ahí lo que nuestros antepasados hicieron en el Siglo de Oro. Y hay que ver lo que consiguieron sacar adelante).

b) Cuál es la composición de la «tercera España», que es la primera

Digamos, por lo pronto, que el surgimiento vigoroso de ese «tercer frente» hará ya saludable y pacificadora nuestra confrontación intelectual durante estos últimos años del siglo que termina, si es que logramos desplegar de una vez las nuevas antenas del presente renacimiento español en todos sus alcances. No es que pensemos que son exclusivos de la España de los que hemos llamado, provisionalmente, hispanistas (los de España) o

humanistas, los grupos trabajadores de la inteligencia y el espíritu. Pero sí lo es que en ella trabajan a sus anchas aquellos sectores que tienen a su cargo la tarea realmente creadora; la transformación para bien (o para elevación) de nuestra sociedad; el enriquecimiento de lo más alto y digno del hombre en el seno de nuestro vivir de cada día, o de cada época. En tanto que en los campos tradicionalista y progresista aquellos fermentos tienden a decaer en meras elites al servicio de los intereses de su campo y de la dominación del común. Con lo cual tienen que acomodarse a condicionamientos abanderados, ajenos a la búsqueda de la verdad; esto es, de la verdad a lo que ella dé de sí, no menoscabada por cualquier sesgo ideológico o de intereses *a priori*.

Podríamos detallar estos grupos, ya los consideremos en su aspecto de grupos creadores o de grupos profesionales, como los siguientes, más o menos. Filósofos y noólogos; historiadores; filólogos e investigadores del lenguaje; pensadores, investigadores y místicos cristianos; islamólogos y orientalistas; pensadores y apóstoles sociales y políticos; poetas, narradores, dramaturgos y pensadores literarios; artistas plásticos y musicales; científicos y tecnólogos; y emprendedores económicos. Todos ellos, por supuesto, en riesgo continuo de hacer de su servicio a la sociedad, y del consiguiente prestigio o reconocimiento colectivo, pretexto para su individual privilegio, para su endiosamiento jerarquizador o dominante; para hacer de su natural condición de fermentos, coágulos elistas. Pero ese es otro problema. Dejémoslo de momento.

Sólo quisiera recapitular hasta aquí cómo no será nada exagerado dar por seguro un hecho: que la misma saga de nombres que en cada caso identifique a las tres mentalidades intelectuales y espirituales de nuestro momento actual, tendrá que presentar también perfiles más que acusados para diferenciarlas netamente. Mientras los tradicionalistas, por ejemplo, cuentan con un núcleo originariamente condensado en torno a Fernando VII y su momento, y bastaría caracterizarlos con nombres sucesivamente emblemáticos como los de Donoso, el segundo Maeztu, Vegas Latapié o el grupo de Acción Española, para terminar con el último García Morente (el convertido, más que al catolicismo o al cristianismo, al integrista católico de su entorno de época), los progresistas partirán en cambio de un fenómeno parejo en dureza al fernandino: el de los afrancesados y jacobinos de su tiempo. Corriente que llegaría a encabezar el enrevesado —no lo digo a la ligera— personaje de Mendizábal, y en cuya corriente destacarán Pi y Margall, Ferrer Guardia o Manuel Azaña. Pero lo notable es que, así como resulta medio trabajoso dar con estos pocos nombres de impor-

tancia intelectual que significan las dos Españas laterales, en cambio la familia de los que estamos llamando hispanistas o humanistas es incalculable; y su nivel, creador de primer orden.

Piénsese sin más, en el río casi sin orillas de los Larra y Valera, Galdós y Buñuel, Costa y Giner, el impar Unamuno, Pedro Salinas y Federico de Onís, Valle—Inclán y Madariaga, Machado y Azorín, Claudio Sánchez Albornoz y Lapesa; Batllori y Riquer; Asín Palacios, García Gómez y Cruz Hernández; Cajal y Barraquer, La Cierva y Goicoechea; Tovar, Marías y Laín; Gaos y María Zambrano, hasta culminar en Xavier Zubiri.

Si digo que este gran capital español casi no tiene orillas es porque pueden abarcarse amplios márgenes suyos sin salir de su cauce: los márgenes que rozan con el tradicionalismo (Menéndez Pelayo, Menéndez Pidal—su *ipseidad* o «identidad permanente», esencialista, de los caracteres nacionales—) o con el progresismo (Ortega y Gasset, Américo Castro). Y aún habría de incluirse en este capítulo, de pleno derecho, a los centenares de hispanistas no hispanos que durante generaciones, desde comienzo del siglo XIX (franceses, ingleses, norteamericanos, italianos y alemanes, principalmente), vienen contribuyendo en primera línea a reactualizar lo mejor de España: los Sarrailh, Bataillon, Noël Salomon, Benassar o Joseph Pérez, los Huntington (Archer Milton, el fundador de la *Hispanie Society of America*), Waldo Frank o Maltby, los Brenan y Elliott, los Pfandl y Vössler, los Croce u Oreste Macri.

Añádase a esto la aportación científica española a nuestro siglo, cuyo inventario viene promoviendo con tesón Pedro Laín y queda inicialmente recogido, respecto de los campos de la medicina, la física, las matemáticas o la bioquímica, en *El legado cultural de España al siglo XXI* (1992). El desarrollo y los inventarios en el ámbito de la ciencia económica, y los repertorios que lo pormenorizan, son de uso común. En artes plásticas, una gran pléyade ha rodeado a Picasso, Miró o Dalí. Igual cabe decir en arquitectura, en música, en teatro, en cine. O respecto del hecho, sobresaliente en la cultura occidental contemporánea, que han significado los dos espléndidos renacimientos de la literatura hispanoamericana, los del modernismo y el realismo mágico, incubados en Madrid y en Barcelona, a la par que quedaban recogidos en su correspondiente «edad de plata» literaria de la propia España. (Abundan excelentes guías básicas del doble fenómeno, el iberoamericano y el español: *Identidad cultural de Iberoamérica en su narrativa* (1986) de Fernando Ainsa, las historias, críticas de la

literatura de Angel del Río (1988) y del pensamiento, de J.L. Abellán (1979—1991), o el *Diccionario de Literatura Española e Hispanoamericana*, de Ricardo Gullón (1993).

Sin olvidar el «unamunismo» que hoy repite la gran creación de pensamiento de don Miguel en otros escritores como Octavio Paz y Carlos Fuentes, Roa Bastos y Uslar Pietri, García Márquez o Vargas Llosa, y así hasta una docena más de artífices de sabiduría en nuestra lengua; ya imborrables. Aunque alguno frivolicé a ratos, se desvíe de sí mismo o sirva a sus intereses más que a su obra, cosa de la que nadie estamos libres. Pero que, en suma, su literatura de ficción corre paralela con el ensayo de fondo sobre el camino que están haciendo nuestros pueblos. Y recordando asimismo el impacto polivalente que están generando en toda la comunidad hispánica de naciones las Cumbres Iberoamericanas, con su promoción de programas fundamentales en todos los campos de nuestra vida común replanteada; incluido, por lo insólito, el de fomento integral de los Pueblos Indígenas. ¿Quién hubiera podido predecir esto en 1898?

c) Donde aparecen ya las aves de vuelo bajo y las de vuelo alto

No se pierda tampoco de vista que nuestras corrientes ideológicas más importantes del último siglo y medio son básicamente humanistas, aunque con cierta frecuencia derivasen sus miembros hacia los extremos de la derecha o de la izquierda. Esto vale, en cada caso a su modo, como ya es sabido, para el regeneracionismo; para el anarquismo o movimiento libertario (el repertorio de sus figuras humanistas, desde los días de la Sección Española de la I Internacional hasta Abad de Santillán y sus compañeros de la clandestinidad libertaria bajo el franquismo, como Lorenzo Íñigo, es impresionante); o para el liberalismo.

En éste, el propio término que lo designa es bien sabido que alcanza cotas de confusión muy graves. Alberga, al menos, al magistral liberalismo humanista o hispanista de Unamuno, o de casi todo el exilio o emigración intelectual de la posguerra; al liberalismo de corte sectario o laicista, masónico, anticlerical o antitradicional, típico «compañero de viaje» más o menos amarxistado, andando el tiempo, durante las décadas de la hegemonía estalinista mundial sobre la izquierda; más el liberalismo capitalista o «salvaje», el conocido neoliberalismo económico que asuela el planeta.

Reconozco que un enfoque como éste, superador de la dicotomía que nos ocupa, ha de resultar desconcertante de entrada al que se educó largo tiempo en cualquiera de las dos familias ideológicas. (Digamos, de

momento, la de los «hijos del nacionalismo herderiano», de su macro— o su micronacionalismo, o la de los «hijos de la Ilustración»). Sin embargo, hemos de hacernos ya a la idea de que en nuestro aire hay espacio sobrado para que empiecen a converger las aves de vuelo corto, más próximas al positivismo empírico, y las aves de vuelo alto, más idóneas para abarcar el largo término y la totalidad del campo recorrido y por descubrir. Para lo que ya no queda sitio es para la obcecación y la intolerancia que impiden ver no ya la realidad de fondo, pero ni siquiera la más inmediata, sobre todo si es la del aborrecido adversario.

Ningún desdoro habría en que algunas lecturas críticas estén hoy especializadas en el vuelo bajo, del investigador o el analista empírico, a ras de tierra, mientras que las de vuelo alto y creador se remontan a amplias perspectivas, no asequibles al gorrión o la golondrina. Pero hay ocasiones en que es imprescindible remontarse. Y hasta puede que en momentos como el nuestro no tengamos bastante para reconocernos como realmente somos, si no es con la fotografía que nos envíen nuestras propias máquinas desde el espacio exterior, o desde las estrellas. ¿Quién no tiene ya a su disposición estudios rigurosamente documentados, y obras de pensamiento fundamentales, que nos devuelven como realmente eran las imágenes que las universidades y las propagandas nos enseñaron a ver distorsionadas? Lo que nos falta yo diría que es más bien la dosis indispensable de capacidad subversiva para desconfiar de nuestras fotos fijadas heredadas, cuando lo que de veras nos toca ahora es enfrentarnos con la panorámica innovadora que tenemos ahí delante.

Lo único que no cabe olvidar en todo esto es que tanto cuesta ver, en todo lo diferente, o que no nos encaja, los consabidos antagonismos irreconciliables, como aprender a leerlo en clave de las grandes complementariedades que ya están en marcha, y convergen hacia su totalidad inédita. Cuando lo que caracteriza, eso sí, a ambas interpretaciones o puntos de vista es que la primera, la que nos escinde, resulta a la corta o a la larga falsa de toda falsedad, y sólo sirve para destruir. Mientras que la segunda, la de la concordia constructiva, revela la verdad profunda que da todo su sentido al fenómeno humano.

Pensemos, sin ir más lejos, en que nadie puede entender nada de este modo fundamental de vivir el cristianismo en la historia humana que ha recibido el nombre de España, si no comprende todo aquello que escenificó, en la sociedad medieval de nuestras tres religiones originantes, la vieja noción de «la pérdida de España». Julián Marías ha rescatado lo que

late en el fondo de esa expresión clave, en su *España inteligible* (1985), igual que Fernando de los Ríos lo había hecho en su *Religión y Estado en la España del siglo XVI* (México, 1957). Joseph Pérez la ha recuperado de lleno en su *Histoire de l'Espagne* (1996).

Sin embargo, toda la ingente obra de Américo Castro (a la que debemos nada menos que la definitiva y radical valorización de nuestras dos imborrables Españas andalusí y sefardí) adolece de un grave defecto. Presenta a la España matriz cristiana como el factor dominante y represivo en aquella escena, al paso que las otras dos cumplen un presunto papel de víctimas dominadas. El relato así presentado distorsiona obviamente los hechos. Confunde la estructura interna de dominantes—dominados que es inherente a cada una de aquellas tres Españas primordiales (tampoco es que hubieran tenido ocasión de aprender otra cosa en toda la experiencia histórica que las tres habían recibido). Con lo cual se queda en una trama novelada el complejo escenario global donde se están uniendo y separando incesantemente aquellas tres civilizaciones fundacionales de España: las que engendraron nuestro específico Renacimiento.

De igual modo percibe sesgadamente Américo Castro la «expulsión» final de judíos y moriscos, con la que el poder del recién inventado Estado renacentista de España tuvo que cerrar unificadamente el conflicto político entre sus tres grandes actores medievales. El tratamiento que este hecho recibe de Américo Castro está lejos de ser justo. Aquello que parece quedar explicado, sin más, como un acto de castiza brutalidad inhumana característica de los «cristianos», no constituye en realidad (visto con el necesario distanciamiento histórico, y tras cuanto hemos aprendido críticamente desde entonces) más que el primer par de los sucesivos exilios o emigraciones políticas violentas que han llenado toda nuestra evolución histórica. Uno de cuyos momentos más amargos y destructores lo constituye, por ejemplo, la *expulsión* de los jesuitas por la corte afrancesada de Carlos III.

Hasta hoy mismo, este doble legado que aporta Américo Castro, con su mezcla, por un lado, de pleno descubrimiento del tesoro casi oculto de nuestras tres culturas medievales —ya lo había trabajado a fondo el maestro Asín— y por otro lado, del simultáneo enfoque distorsionador y ofuscado de aquel mismo hecho, sigue levantando borrascas que ya son cuando menos bloqueadoras de energías que bien necesitamos en cambio (todas son pocas) para concebir y construir cuanto ahora tenemos por hacer. Para lo cual el primer paso es éste de ver cómo de 1898 a 1998

España pasó por segunda vez esa puerta tan insólita de su pérdida histórica, de su morir para nacer de nuevo. Tan re—nacidos, que hemos desembocado de pronto en un nuevo Siglo de Oro (1).

El nuevo estar español en la realidad. Mutación interna y cambio planetario

a) *Está claro que no hay «ser» de España, ni de nada*

Recordemos primero una de las ideas claves de nuestro propio pensamiento crítico. Es que la existencia la tiene mal concebida Occidente desde Parménides y Aristóteles hasta Heidegger. La sustantivación metafísica, especulativa, del «ser», con todas sus entificaciones y ontologías derivadas, no ha pasado de ser nunca más que una solemne vaciedad. Ni el hombre, ni Dios, ni nada son «seres». Lo que sí hacen es *estar*. Están ahí presentes, actualizándose o totalizándose los unos respecto de los otros. Lo que les caracteriza a cada hombre y a la humanidad total, a Dios y a sus manifestaciones, a las cosas de la realidad del mundo natural o cósmico, es que *están*. Lo que ahí *está* son realidades; y cuando rebasan lo «real», actualidades. No «seres».

Otra cosa es el cómo. Cómo están actualizándose esas tres «actualidades», «todos» o «todidades» que lo constituyen todo (nada existe fuera de ellas), y tanto en lo que son de suyo como en su relación recíproca. Ya que el pensamiento humano fundamental se remite a escudriñar el cómo se están o nos estamos presentes esas tres actualidades, en la intrínseca sustantividad o autosuficiencia que las constituye; o nos constituye. La más inmediata será la existencia que está desplegándose en la inabarcable riqueza real del mundo de la vida y de las cosas todas. Al fondo emerge la eterna e infinita que se define como el «ab-soluto», o el «no-mundo», aquel de quien intuimos, por lo pronto, que de suyo y siempre está siendo más que el hombre, aunque de modo misterioso hace familia con el hombre. Cuya representación más audaz y verosímil nos lo ha presentado como el fundamento filético, más el *nous* intelectual, libre y creador, más el

(1) La tesis de las tres Españas, con atención especial a la «tercera», la humanista y sapiencial, que es la primera (la esencial y creadora, que sustantiva nuestra totalidad universal), se ha hecho ya objeto de cultivo simultáneo con nuestra propia línea de investigación y enseñanza. De entre las obras dedicadas hoy al tema merece destacarse «La tercera España», de César Vidal (1998), excelente trabajo, con buena parte de cuyos planteamientos me encuentro de pleno acuerdo. Me ha llegado a las manos cuando corregía las galeradas de este texto.

u-topos transmutador de todo que alienta en la constitutiva necesidad de amor del hombre.) Pero que simultáneamente consiste en *estar*, en actualizarse, como lo suelto o libre, lo independiente de todo el acontecimiento, caótico y determinista a la vez, del universo y de las cosas reales. Y en medio, el hombre, la especie humana, en toda su complejidad natural y absoluta a la vez.

Aquí es donde precisamente se construye la noología, tanto racional como de la sobrehumanación; y en esta última ya ni rastro queda de «metafísica» o de «ontología» que valgan. Un saber del *nous*, de la intelección liberante y creadora de realidad nueva, de lo que se hace cuestión, desde su enfoque racional o desde el actualizador de cuanto el hombre sueña, es de lo que ya hemos señalado. Primero del «estar en realidad», en las estructuras formales de nuestra existencia, en el *logos* de las cosas del mundo sentiente y racional. Segundo del «estar en libertad» o «en actualidad»; en la intelección del *nous* mismo, soñante y creador; en la *ab-solutidad* del «libre-haciéndose» que es cada intimidad humana. Y tercero, del «estar en el *u-topos*», en el amor que empareja, en la asociación o ayuda mutua que rige todo común de libres, en la transactualización o trans-totalización de toda vida humana conjuntada en ese sobrehombre -lo opuesto al *Super*-hombre- en el que tiende a resolverse la mutación terminal de nuestra especie.

Si la *realidad* se objetiva así en un complejo tejido de representaciones y estructuras que vamos construyendo, y la *actualidad* o la libertad es el «hacia» o el «más» insaciables que nos dinamizan, el *u-topos* es el contenido que el hombre crea para llenar de sentido, imprimiéndoselo constantemente, a todas las estructuras dinámicas con las que teje su existir.

b) *No es sana la situación de «prosperidad con amnesia»*

Pues bien: a los efectos de nuestra actualización material es obvio que (como ha terminado por hacerse tópico) España va bien. Lleva veinte, y aun cuarenta años yendo cada vez mejor. Falta hacía, después del cuarto de siglo anterior a la década de los sesenta. Es cierto que últimamente nunca han dejado de acompañarnos, cuando pasó el tiempo de la tragedia, una serie de tics no deseados por la sociedad española. Sin embargo, también es verdad que el juicio mencionado vale; y ya quisieran la mayor parte de las sociedades coetáneas poder decir que «van bien» con tanta razón como la nuestra. No sólo desde el punto de vista (aunque éste sea el que predomina en tal balance) de las elites de poder y privilegiadas. En

otra ocasión reciente hemos tenido ocasión de mostrar nuestra amplia y ya anterior coincidencia con las magnitudes que Mario Gaviria deja analizadas en *La séptima potencia. España en el mundo* (1996), expresivas del estatuto actual de nuestro desarrollo junto a los demás miembros de la Unión Europea.

Dentro de ese marco de referencia, estuvieron plenamente justificadas unas manifestaciones como las del embajador de EEUU en Madrid, al cesar en su cargo, en julio de este año, levantando acta del peso y el prestigio actual de España en el mundo. «Existe una nueva España». «Su economía es la más saludable de Europa». «Hace diez años, al mencionar los países importantes de Europa, todo el mundo habría dicho Reino Unido, Francia, Alemania, Italia... Hoy nadie discute que España es uno de los cinco grandes.» «España se ha convertido en uno de los principales jugadores de la escena internacional». «Las grandes lenguas del mundo hoy son dos: el inglés y el español». «El 80 por ciento de los estudiantes norteamericanos que estudian alguna lengua extranjera eligen el español y sólo el 10 por ciento el francés. Hace veinte o treinta años los hijos del «establishment» estudiaban francés. Hoy, Chelsea Clinton y los hijos de los Gore aprenden español. La transformación ha sido dramática»: «Hay un desfase entre las lenguas que actualmente son oficiales [en los organismos internacionales] y las que deberían serlo. Ha llegado el momento de incluir al español en un lugar destacado, junto al inglés y al francés».

Si a ello se añaden los vínculos cada vez más sólidos que unen ya a la economía española con las iberoamericanas y la portuguesa, el tirón financiero creciente que se ha conseguido imprimir a los fondos europeos hacia Iberoamérica, y la considerable presencia creciente de los capitales y la cultura españolas en Marruecos y todo el Magreb norteafricano; no queda lugar a dudas de la importancia que está adquiriendo el nuevo *estar* español en la doble realidad de su propia mutación interna y de su presencia activa en el cambio planetario en curso.

Ciertamente, está justificado que a la primera dama estadounidense se le encomiende presidir la gran celebración norteamericana del final del que ellos, con bastante razón, consideran el «siglo americano». Pero esta moneda de la valoración de nuestro siglo tiene un reverso. Ha sido el siglo de la revolución hispánica. (Sería aventurado decir cuál de las dos caras es la más importante. Habrá que esperar al menos otro siglo más para no apreciarlo apresuradamente.)

Porque lo indudable para nosotros es que este siglo XX ha sido el escenario en que nuestra propia gente protagonizó la magna revolución mutacional de los ibéricos o hispanos del mundo. Una celebración que los españoles, con todo el mundo hispanohablante, tendríamos por hacer, si es que nos quedara tiempo para entretenernos en más celebraciones. Y si es que termina de pasársenos la dichosa resaca amnésica que en los últimos años venía arrastrando nuestra opinión pública, a causa de ciertos enfermos intelectuales y políticos de elite interesados en mantenerla hechizada.

El nuevo estar español en la actualidad. Ya no podemos dar un paso sin Zubiri

a) Toda gran época naciente crea su propia concepción global

No es de este momento ninguna argumentación detallada de lo indispensable que resulta, para que el desarrollo de la nueva concienciación española se asiente sobre su propio fundamento y coherencia, la construcción filosófica de Xavier Zubiri. Baste recordar que cualquier otra filosofía de las que hoy continúan utilizándose entre nosotros, en los debates de ideas, es ya residual, obsoleta e inadecuada de raíz para entender el mundo inédito en el que hoy se adentra la evolución humana y en el que le toca entrar al pensamiento español con voz propia, por exigencia de nuestro nuevo papel en el mundo.

Por mi parte, a este nuevo escenario mental vengo contribuyendo con diversos trabajos, que no tardarán en concretarse en mi propia construcción sistemática. Sin Zubiri, y de modo singular sin su condensación conceptual en torno a la idea de actualidad sustantiva, no habría podido elaborarse lo reflexionado en estas páginas. Ni menos aún las consideraciones que nos quedan por hacer para la debida evaluación de la España emergente de este siglo, y muy en concreto de su revolución mutacional de 1936.

Claro que aquí se hace indispensable puntualizar otra vez, cómo no, que siendo a mi juicio deudor de la obra zubiriana cuanto de auténticamente creador pueda producir en adelante el pensamiento español, (descubrir el Mediterráneo, que se tiene al lado, es por lo menos un ejercicio inútil), también será obvio que aquellos que arranquemos de esa cantera para alzar nuestras necesarias construcciones sucesivas, tomemos nuestro personal camino y trabajemos bajo la libre responsabilidad de cada uno. No otra cosa estoy haciendo al asentar el juego de coordenadas que permite, por ejemplo, la presente reflexión sobre la evolución de España entre 1898 y 1998.

Y digo esto porque desde las categorías del naturalismo filosófico, cuando no del arcaico positivismo y aun materialismo al uso todavía en ciertos círculos, falta toda posibilidad de penetrar en la realidad de lo que está siendo España. Lo difícil no es conocer la práctica, las estructuras, los comportamientos de un pueblo. Lo verdaderamente delicado, pero tan indispensable al menos como lo otro, es conocer los contenidos, motivos y sentido de lo que ese pueblo hace, incluidos sus propios modos de vida religiosa o espirituales. Hay una filosofía popular cuyo depósito, incesantemente enriquecido por sus creadores, y después sedimentado en la memoria colectiva, está movilizando la originalidad específica de cada pueblo, lengua y cultura. Y lo que nos proponemos ahora es percibir, con más claridad y precisión que de ordinario, el contenido y sentido de esta construcción histórica de la vida humana que lleva el nombre de España.

Que el hombre está constitutivamente «religado», remitido, como plantea Zubiri, desde el fondo de las cosas y de la realidad del universo, a la voz del fundamento que a ellas y a él los funda; y no sólo a su fundamento racional o natural sino al ab-soluto fundamento de todo fundamento (en cuya búsqueda abstracta fracasó Heidegger), es lo que yo he transpuesto a la noción de *ab-solutidad* del hombre, la cual expresa su correlación de hijo con el mismo fundamento ab-soluto de todo. Desde aquí, desde esta remisión a su actualidad total o sustantiva, que aprecia en cada mujer y varón, personalizados en concreto, el linaje o filiación reales de los hijos del ab-soluto, es desde donde puede captarse el centro y el sentido pleno de los trabajos con los que el hombre construye su sobrehumanación específica.

Sólo desde aquí es como puede entenderse de lleno, sin reduccionismos mutiladores (sin dejar al menos la mitad de sí mismo en el camino) lo que fue realmente, por ejemplo, aquello de una Reconquista medieval, de unos Reyes Católicos, de nuestros primeros *exilios* modernos, de una Monarquía Católica o de una civilización evangelizadora indiana. Aquellos hechos no admiten ser reconstruidos a nuestro antojo, ni como un relato edificante ni como un relato de terror. No obstante, aquellos mismos hechos, aprovechando los azares de la amnesia colectiva sobrevenida al español tras la aberración tradicionalista del franquismo, han dado en presentarse ahora a manera de otra aberración dogmática sólo que de signo contrario, pretendidamente «compensatoria».

No necesitamos recordar que los hechos históricos, como todos los sociales, los construimos en buena parte desde las creencias o modelos más o

menos «científicos» de realidad a partir de los cuales trabajan el investigador o el narrador. Es decir, desde la visión epocal del mundo con que en cada situación «soñamos» de nuevo aquella situación y actores, radicalmente «otros», que construyeron *entonces* el mundo heredado por nosotros. Digamos que la simple historia de la reciente revolución mutacional española tiene poco que ver si quien nos la expone es un historiador de mentalidad burguesa (o marxista) contrarrevolucionaria, o si quien guarda la memoria de tan singular acontecimiento es un narrador humanista y comprometido con nuestro salto mutacional colectivo, bien sea libertario, bien de la izquierda cristiana, o de la simplemente comunal y creadora.

Pero lo relevante a nuestros efectos es que este argumento acerca de lo relativa que resulta la memorización interpretativa de los hechos sociales (argumento tan idóneo para la crítica de Caro Baroja, pongamos por caso, a la hora de rebatir con justicia las viejas tesis del «ser» perenne de España, o de los «caracteres nacionales»), sigue siendo válido para mostrar luego la irrelevancia del dogmatismo contrario: el nihilista, que niega en redondo la existencia viva y creadora de lo que *de hecho* estén siendo estas diferenciadoras características o peculiaridades que nos identifican colectivamente a unos y a otros en cuanto al sentido que vamos descubriendo a la marcha del mundo.

Entre uno y otro extremo no hemos tardado apenas en ver proliferar la alucinada polémica de «río revuelto», tan intelectualmente fútil como emocionalmente apasionada, que por su «vía estrecha» está enfrentando ahora a diario a los «nacionalistas» de cualquier signo (que si «centralistas», que si «separatistas»). Creo también, eso sí, que el debate va a ser afortunado, porque ya está empezando a desbloquear de una vez nuestro atasco amnésico de la última temporada. Y quizá entonces el mejor servicio que nos haga tan desatentado debate es el inmediato de percibir a fondo que no puede haber pretensión más sin razón que la de concebir a España como un «nacionalismo».

Pues la hipótesis mayor de la que tiene que partir una comprensión «entera», sustantiva, de España es que ésta consiste en una de las más nítidas formas en que se ha plasmado -calma, no se asuste nadie todavía- la construcción histórica del cristianismo. Unos pensarán después que para bien, otros para mal. Pero lo seguro es que si se prescinde de ese fundamento de España, nada tiene de extraño que luego no se entienda el fenómeno español, o el hispánico, cuando se somete a estudio. O lo que es más grave, cuando fue sometido a «tratamientos» políticos de electro-

choque progresista, como los que se han aplicado a nuestra civilización hispana durante los tres siglos de búsqueda renovada, reactualizada o «modernizada» de su nueva razón de existir, nada menos que en medio del vertiginoso proceso de cambio que arrastraba mientras tanto a Europa y al mundo. Porque desde el punto de vista del «perdido a sí mismo», ¿cómo íbamos a salir adelante sin «cambiar de alma», esto es, si no abandonábamos nuestra propia Modernidad y nos identificábamos simbiótica o miméticamente con la de ellos?

b) *Las «utopías» modernas empezaron por ser «evangelismos políticos»*

Pierre Mesnard advertía con agudeza en 1952 (*L'Essor de la Philosophie politique au XVIe, siècle*) el alcance del fenómeno de lo que él llamó los «evangelismos políticos» nacidos con el Renacimiento. Emparenta así Mesnard el humanismo de Erasmo con el de la *Utopía* de Moro, aunque sin llegar a percibir con rigor el vínculo que hacía depender ambas creaciones de la construcción política española que las inspiraba. (Vínculo al que dará luego la vuelta Bataillon, y con él todos los que, siguiéndole, afilian el humanismo español a Erasmo en vez de estudiar la «españolización» previa del propio Erasmo). El caso es que dos grandes movimientos de ideas enmarcan en aquel momento la emergencia poderosa del evangelismo político español: la doctrina de Maquiavelo y la revolución religiosa de Lutero y Calvino.

La obra de Maquiavelo es el gran fruto filosófico del Renacimiento italiano, en cuanto tal «neopaganismo» o secularización temprana de la cristiandad medieval. La cual, por su parte, había cristalizado contradictoriamente, al mismo tiempo, en el pintoresco poder fastuoso del papado romano. Y es frente a esa paradójica escenografía frente a la que se construye la prodigiosa filigrana plateresca, mudéjar y conversa, mística y civilizatoria, del hecho cien por cien español que constituyó la clave de todo el humanismo cristiano -nuestra «hombredad»- de la época.

Pareja con el maquiavelismo, Mesnard advierte la significación de la política religiosa revolucionaria de Lutero, flanqueada previamente por las revueltas sectarias anabaptistas, de tan clara impronta medieval tardía. Pero replanteada enseguida radicalmente por el calvinismo francés, incluida su rápida aplicación puritana en la revolución burguesa y anglicana de Inglaterra. La calvinista es así la otra gran rama protestante, la que se diría «destinada» a expandirse sin cesar, hasta hoy mismo: en medio de esta legión de telepredicadores dinerarios y pequeñas tropas

«misioneras» de desintegración espiritual de la civilización hispánica, dondequiera que, desde 1898, la misma sociedad hispanocatólica se ha mostrado más vulnerable. Lo importante, en cualquier caso, fue que en aquel comienzo justamente, en aquella ebullición abrasadora en la que hirvió el Renacimiento occidental, es donde entraron en su larga colisión de cinco siglos los dos fecundos evangelismos políticos europeos: el católico del pueblo de pueblos hispano y el plural protestantismo que ha dado su espíritu al hombre eurocéntrico o anglo-germano-latino.

Ya no nos haría falta más que añadir el otro gran evangelismo político moderno, el que sobre el cimiento de la «segunda Roma» bizantina de 1054 (Cisma de Oriente) dió lugar después al mesianismo ruso, para poder advertir la importancia de este fenómeno que estamos señalando. Verdadero factor profundo que ha caracterizado históricamente a las grandes sociedades occidentales como diferentes formas de «civilización-cristianismo». El enfrentamiento entre las cuales está al fondo de todo el dinamismo conflictivo de las dos Modernidades opuestas: la sapiencial hispánica y la autofundamentación eurocéntrica; así como de sus posteriores corrientes de secularización.

La primera, obviamente, o el proto-fenómeno de cuyas civilizaciones-cristianismo habría sido la propia Iglesia Católica, con su característico trasfondo italiano (la Italia contemporánea arrastra a su vez no pocos ingredientes de su antecedente maquiavélico y anticlesiástico renacentista). Y precisamente tan civilizaciones-iglesia estrictamente como la Iglesia misma resultan así las no-católicas del protestantismo (luterano-calvinista-puritano) y de la Rusia y el Oriente (ortodoxo-bizantino) de Europa.

En ese contexto es en el que hay que intentar comprender la singularísima *civilización-»evangelidad»* que está siendo España desde su origen y en su *u-topos* arquetípico. De ninguna manera ha sido una «civilización-iglesia», al modo en que lo son las civilizaciones protestante y ruso-oriental. Es más: a primera vista, siempre anda en ósmosis recíproca con la Iglesia Católica. Pero siendo siempre netamente distinta de ésta. España, todas las Españas del planeta, son un fenómeno esencialmente civilizatorio, laico, no «sagrado», no «eclesiástico» (aunque el poder de la Iglesia anduviera siempre por enmedio). Lo que ocurre es otra cosa. Es que, hasta en sus expresiones anticatólicas, «lo español» o «lo hispano» tiene por fundamento espiritual colectivo este sistema de pensamiento, y aún mucho más, de vida y de transformación humana, que más que de «catolicismo» de lo que necesita calificarse de «evangelidad filosófica».

c) Lo que dejan intacto las diferentes secularizaciones «utópicas»

Y vengamos, aunque no sea más que un momento, a esto de la secularización o desacralización contemporánea. Lo primero frente a lo que hay que estar aquí alerta es aquel famoso prejuicio naturalista, científicista o progresista que se designó como «ley de los tres estadios» y que hacía ver la religión -el «estadio teológico»- a modo de etapa retrasada de una evolución determinista, orientada que tras superar el «estadio metafísico» se orientaba al final hacia el «estadio positivo», el reino ya de los científicos y de los industriales. Cuando lo que sí ocurre es que los procesos y cambios de sentido cultural propios de la secularización como constante del espíritu son muy distintos entre unas sociedades y otras. Cada pueblo, lo mismo que cada persona, en el camino de su maduración espiritual o ab-solutecedora creciente, tiene su propio modo y tiempo de secularizarse. Del mismo modo que fueron en su momento diferentes sus tiempos y modos de sacralizarse. Ya que lo fundamental de la experiencia sustantiva del espíritu no es nunca «sacralizarse» sino «espiritualizarse».

Pues bien: las vías y razones por las que se han sacralizado y desacralizado España y la Modernidad hispánica, y los modos en que lo han hecho las sociedades hoy protestantes y las grandes tradiciones eslavas, tienen poco que ver entre sí. Esto con independencia de que el secularista o el ateo militantes crean ser el mismo tipo de agente cultural en todas las sociedades, como si tales diferencias insalvables no existieran, o fuesen algo desdeñable. Lo que hay que estudiar es otra cosa: qué han significado los modos radicales de encarnar históricamente el cristianismo inventados en su momento por Occidente; qué es lo que los hispanohablantes cifran en su inconfundible ensayo de realización histórica del «reino» de la evangelidad, que aflora primero en la revolución comunera (la primera de la Europa moderna, como vió bien J.A. Maravall; y mejor aún Joseph Pérez); y luego, de rebote en rebote, en la república guaraní o en la revolución comunalista libertaria del 36.

Sin que nada de esto nos pueda hacer olvidar, al fondo, los imborrables rasgos sustantivadores (o como suele decirse, «identificadores») quijotescos, que nos dejó por ejemplo la tradición sufí de los andantes o «marchadores» caballeros; pero sobre todo, el impacto de la revolución espiritual franciscana, desde Joaquín de Fiore (1145-1202) y Raimón Llull (1235-1315), hasta la sublime locura sobrehumana de aquella legión de «anarcas» que, fueron los Pedro de Alcántara, Toribio de Mogrovejo (el «Motolinía»), Ambrosio de Montesinos o Bernardino de Sahagún (con la desmesurada tropa popular y universitaria de los colaboradores españoles

y mexicas de éste), durante el siglo XVI. A la vez que se vivía en España, como lo más natural del mundo, el resto de las «descalceces», al modo de la carmelita «demencia» a lo divino, o de la desusada «milicia» jesuita, concebida en grande no para matar a nadie sino para dar la más alta vida y educación libre a todo hombre que cayera a su alcance, visto como estaban sacralizando y deshumanizando las cosas los luteranos. (Insisto, una vez más, en que no he encontrado a nadie que profundizara esto último mejor que el eminente historiador, humanista y socialista comunal, colombiano Indalecio Liévano, en *Los grandes conflictos sociales y económicos de nuestra historia*, Bogotá, 1964).

Recordado sea todo ello con respeto (civil y espiritual o absoluto) hacia cuantos legítimamente han pretendido hacer de España una sociedad nada más que laica y democrática. Porque es que, además de eso, no es tan difícil ver que hay «tradicición»: hay otra cosa. El problema práctico es cómo nos las ingeniamos unos y otros para hacer cada cual lo nuestro sin estorbarnos demasiado. Pues bien visto, lo único que realmente nos separa a los «hijos de la tierra» y a los «hijos de la evangelidad» es que cuando ambos terminan de hacer su tarea en la común morada terrestre (la misma comunidad cultural, democrática, equitativa y solidaria, próspera y civilizada), los primeros pueden ya descansar o dedicarse al ocio, en tanto que a los segundos les queda casi todo: hacer, actualizar, igual que ayer pero de otro modo, —el que exige el nuevo escenario histórico— el «reino» de lo que se viene llamando la «utopía».

Aquello que por ejemplo los refundadores del Perú «Sin-Amos» —el «Sistema Nacional de Apoyo a la Movilización Social», en su versión jurídica— de Carlos Delgado eligieron, bajo la sorprendente «dictadura» del General Velasco, para escapar a las dictaduras oligárquicas inveteradas del capitalismo criollo, o a las novísimas de los «comandantes de la revolución» ibeoramericanos. La única verdad en esto es que a los cristianos, igual que a los creadores incesantes de tejido social comunal, humanistas, de absoluto o libertarios, no les queda «fin de semana», sino que les cae encima de por vida jornada doble. (Nada de lo cual está en condiciones de apreciar, por ejemplo, el Vargas Llosa de *La utopía arcaica*, México, 1996. No porque su estudio sobre Arguedas no sea excelente, sino porque, políticamente, su radical punto de vista conservador no percibe lo sustantivamente humano del *u-topos* de fondo «arcaico», al que en cambio habían respondido el CAEM y toda la obra ingente de Carlos Delgado. Hubiera sido de ver la polémica entre los dos, Delgado y Vargas Llosa, respecto de esta «utopía arcaica».)

El nuevo estar español en el u-topos. En el lenguaje tenemos intacta la memoria que perdimos

a) La «reaudición» del u-topos que mueve a los pueblos

Dirá el lector desconfiado que así, cualquiera; que dónde se nos ha quedado el conflicto, la crispación, la guerra de clases y la otra; y todo eso. No se nos ha olvidado. Durante nuestro siglo mutacional, las presuntas «dos Españas» en lo único que fueron reales es en su desgarrarse recíproco. Y ahí no cabe el «más fuiste tú». Nadie puede borrar la vergonzosa mascarada sangrante del nacionalcatolicismo. Pero tampoco aquella de la sañuda destrucción de la civilización-evangelidad colectiva, desde el dieciochesco «exilio» impuesto a los jesuitas expulsados ignominiosamente, hasta las desamortizaciones anti-monumental y anti-comunal, más la caza liberticida del cristiano (o el «muera España» de algunos) durante la revolución.

No obstante, esas dos pesadillas que parecían no terminar nunca no podían ocultar los contrapuestos ríos milicianos de voluntarios (a menudo padres e hijos juntos), que durante las guerras carlistas, y sobre todo en el trance mutacional revolucionario, dieron vida con su sacrificio personal a la doble ansia colectiva que traía partida en dos el «alma» una de España: el ansia del pueblo ultrajado del catolicismo tradicional y la del pueblo de la lucha contra la infamia social, que en ambos bandos las familias (los prolongados linajes populares) habían transmitido abnegadamente a sus hijos, generación a generación.

Resulta muy fácil, ya hemos dicho, resbalar sobre el *u-topos* que mueve a los pueblos. Algo que no es empírico ni cotiza en bolsa. ¿Quién se atrevería a poner un puesto con tan ridícula mercancía en medio del solemne mercado mundial («sabéis que los que figuran como jefes de los pueblos los tiranizan, que los grandes los oprimen» (Mc. 10,43); «los que visten con elegancia, ahí los tenéis, en la corte de los magnates» (Mt. 11,9), ni a introducirla descaradamente en el sagrado proceso de globalización cibernética? Si acaso, puede dar pie apenas para alguna que otra (casi siempre deleznable y contaminada, interesadísima) literatura. Hasta el nombre de «utopía» suena hoy sólo a entelequia disparatada. Hoy ya no quedaría sitio para otra «utopía» que no sea la del mercado. Pero si habíamos quedado en que la más espontánea disposición del espíritu libre es la de subvertir los sistemas de valores que se acartonan, o a no seguir entonces «comulgando con ruedas de molino», es muy posible que en este asunto haya que andarse con más cuidado.

Por eso yo prefiero ir directamente a la raíz griega del *u-topos*, no por pedantería, sino porque no ha dado tiempo aún a que nos la contaminen los ideólogos. Esa «reaudición» de las palabras fundamentales que Heidegger veía indispensable en tiempos de oscuridad, resulta que es la mejor terapia para el amnésico. Tan lógico es que la memoria pueda perderse tras atravesar un trance de pesadilla en que todo queda destruido, como que luego lo más indicado para la cura sea volver a aprender a escuchar, como si fueran nuevas, las palabras primordiales que nos han «dado el ser», como dirían antes.

En el *u-topos* está la idea limpia y transparente, manantial, de aquello que no se encuentra en ninguna parte porque lo llena todo. Aquello a lo que mejor le conviene la definición de lo que de suyo es el absoluto, el vivir mismo de una inteligencia creadora que no puede quedar asida por nada, atada a nada, porque precisamente lo hace todo y lo llena todo. O la índole del espíritu como soplo inmaterial que no se lo puede localizar en parte ni tiempo algunos, pues todo tiempo y todo espacio son nada más que sueño y lectura suyos. Aquel existente sin igual posible, que está fundando en el hombre su amalgama constitutiva del estar espiritual en la realidad, a base justamente de que el mismo estar material del hombre se lo posibilite. Y ya aquí, la facultad con la cual la especie humana ha construido cuanto queda de su paso por la historia de la evolución de la vida. Aquello que allende todo mero *logos* nos capacita para realizar, *actualizar*, crear cuanto nuestro *nous* intelectual y libre puede soñar creadoramente: la facultad a la que le pertenece «en propio» el poder supracósmico del «sueño actualizador» del hombre.

b) Los que cada día construyen lo invisible de la «ciudad final».

Es la idea misma de actualidad sustantiva, referida al «todo» del hombre, la que lleva implícita la necesidad específica de que nuestro paso por el tiempo y el espacio culmine en la metamorfosis libre de haber construido una «ciudad final», en la que habremos cerrado nuestro proceso mutacional sobre la Tierra y el Cosmos, a través de cuantos momentos y situaciones nos lo permitieron. Que esta ingente aventura esté resultando lenta en exceso para nuestra capacidad de actualizarla hoy por hoy; y sobre todo, que la alta montaña de víctimas acumuladas por los «lobos-de-hombre» llegue ya hasta el cielo, constituye toda nuestra tragedia. Precisamente es eso lo que nos está imponiendo no abandonar ninguno de los frentes de lucha en que los fermentos de la liberación, los hijos de la evangelidad filosófica (nos llamemos como nos llamemos), seguimos haciendo

frente a la podredumbre de los poderosos, de los hasta ahora inexpugnables hombres de la abominación, del poder dominante que representa a todas horas, en sesión continua, su «nunca igualado espectáculo» del gran circo retrohumanador del mundo.

El *u-topos* estaría siendo así, tanto en la sustantiva actualidad absoluta a la que denominamos Dios, como en su filogenética proyección en la actualidad humana, lo no-cerrado último, a la vez que lo no-cerrado de nuestro propio fundamento y nuestro propio *nous*. Lo que mal puede encontrarse objetivado ni totalizado en ningún modo particular de su presencia, porque lo es todo en todo. Por eso es por lo que las nociones de amor, de *u-topos* y de sobrehombre se confunden. No hay experiencia amorosa que no pida de suyo realizarse en su propio *u-topos* (la casa que todos los enamorados sueñan). Y mientras haya hombre, y detrás de todo cataclismo, esto volverá a nacer incensantemente. No hay *u-topos* que no esté siendo la distancia que todavía nos queda hasta nuestro propio horizonte, que a fin de cuentas sólo de bondad y ayuda mutuas puede colmarse. Ni hay más sobrehombre que las intimidades compartidas y los comunes de libres que cotidianamente vemos en ese espejo, magnificador y empequeñecedor a la vez, de las grandes civilizaciones o de la humanidad total.

Porque no ha habido nunca ni puede haber pueblo o nación que no haya nacido de su singular sueño —cada uno el suyo— de anticipar, soñándola primero para realizarla después, y en la medida precaria en que le sea factible, la fase final de nuestra mutación como especie viva: el sobrehombre que al cabo emerja de ese visceral *u-topos* suyo que hoy vemos como la nueva humanidad. Por eso no cabe en la cabeza (sólo «al diablo se le ocurre») que haya quien no sepa valorar el *u-topos* español en el mundo. Es bien cierto que las experiencias españolas de al-Andalus y Sefarad son irrenunciables. Pero lo son porque están engastadas (dramáticamente, desde luego; ¿y qué no?) en el modelo universal de hombre que es España. En otras palabras, la hispanidad andalusí y la sefardí brillan con todo su propio esplendor precisamente dentro de la civilización-evangelicidad de España. Los hechos que pudieron ser, quizás pudieron ser mejores. Pero han sido los que son, y hay que saber valorar toda su grandeza.

Una grandeza, una excelencia que lo es de suyo respecto justamente de la sombra que deja a su paso. Que resalta fuerte en el espejo cóncavo mismo de su esperpento. Pues lo que éste parodia es eso: la propia grandeza o excelencia que estaba cayendo en el olvido. De modo que lo que cada cual elige, bajo la forma que sea, no vendría a ser otra cosa que la

versión suprema o sobrehumana de sí mismo, siempre presente y, como casi nunca parece lo más urgente, siempre trabajosamente por construir. O al contrario, la versión caricaturesca, y aun horrible, de su propia inhumanidad retrohumanadora: ese huidizo momento en que el «lobo-de-hombre» se ha soñado a sí mismo bajo la apariencia del poderoso, del adinerado, «dueño del mundo». Y es entre esos dos extremos de la propia sobrehumanación y la propia retrohumanación finales donde se va abocando el invisible y definitivo rostro de cada uno, de cada una, decantándose rasgo a rasgo en nuestra visible personalidad cotidiana.

¿Por qué empeñarse inútilmente entonces en destrozar nuestras plurales hispanidades, unas contra otras —la de los vascos, o los catalanes, por ejemplo, contra la de los castellanos y la de los españoles—? O, cambiando de tercio, ¿equivale «hispanos» a «latinos»? ¿Somos «latinos» los españoles? ¿O los portugueses? ¿O los hispano— o ibero-americanos? ¿En qué somos paródicos «latinos» los hispanohablantes todos? Da pena la tinta que se malgasta a diario en «El País» de Madrid, (paradójicamente, tan atento, de otro lado, a otras manifestaciones de nuestra cultura), en «latinizar» con fervor obcecado todo lo español o lo hispánico, como si no hubiera mejor tarea hoy que la de borrarlos nosotros mismos de nuestro sitio en la nueva humanidad; o si el mal uso franquista de nuestra hispanidad sustantivadora (¿cuántas cosas más no dejó de usar abusivamente aquel régimen?) nos hubiese dejado sin nombre y tuviéramos que acogernos al de los vecinos. Por mucho que estos sean cada día más y mejores amigos nuestros. Pero cada cual en su casa es quien es. A no ser que aún falte más tiempo del que preveíamos para la cura de este amnésico de al lado que son aún los residuos de aquella «fregada» hispanidad variopinta, de nuestros españoles e hispanos antihispánicos.

De nuevo todo nos es posible, según lo queramos

A mí, en principio, me da igual que la gente hable español, o que hable turco o inglés. (Y no digamos, si sólo es por «patriotismo» material, de dominio sobre otros; que España sea un poder, una potencia, o deje de serlo; que esté unida o fuese media docena, para mayor gloria de cualesquiera megalómanos del retorno a la tribu, o sectas de fanáticos irresponsables.) En Filipinas pocos hablaron nunca español y pocos siguen hablándolo. Sin embargo, es difícil encontrar más viva presencia de la civilización-evangelidad española, de nuestra singular «hombredad», que en el admirable caballero Rizal, o en la sociedad filipina de hoy día, capaz de

enfrentarse a los tanques del dictador y derribarlo a golpe de pacíficas manifestaciones religiosas de todo el pueblo. O en el pueblo, en la gente desgarrados de Timor oriental. De lo que se trata es de que el idioma español, el portugués, el catalán, el hispánico en todas sus versiones, sigue siendo el vehículo más adecuado para transmitir ese modo español de ser hombre. Mientras no tengamos otro más idóneo —desde luego, ¿por qué no va a poder ocurrir algún día?—, cuidémoslo, empleándolo a fondo y no como a quien le amarga el dulce.

Pero menos aún a la manera de quien se «rearma» para defender, crispándose, lo que esté real o imaginariamente amenazado. «No tengáis miedo». Fue una de las más reiteradas advertencias de Jesús, el mayor entre los «hombres decisivos» que han marcado toda la evolución antrópica. El que vive de su miedo es inevitablemente, gane o pierda, un desgraciado. En tanto que nadie puede vivir, al cabo de este siglo, con más entusiasmo creador que un español, un hispano (de Perú, de México, de Colombia, o Argentina, Brasil o Estados Unidos) cuando lo que todavía nos queda por delante es construir casi toda la realidad nueva que apenas nos dió tiempo a dejar empezada en nuestra primera salida quijotesca al mundo.

No es cuestión de imponérselo a nadie. El que quiera, a la altura del tiempo de civilización democrática que ya hemos alcanzado, de sobra sabe que se puede dedicar a otra cosa, mientras dura su viaje. Pero quien viva inmerso en el espacio hispanohablante de nuestra mundializada civilización, sería necio que no saliera de su camarote individualista o nihilista para no enterarse del océano por el que navega. Porque la suya hispanohablante es una sociedad muy concreta, característicamente dimensionada a una triple escala de universalidad. La dimensión internacional, digamos primero, tanto cultural como política, que en medio de la presente crisis de Occidente se autorregenera de su propia fuente de energía acumulada: del embalse de su milenaria y cada vez más actual filosofía-lenguaje del libre haciéndose. (Hay formas de tradición que mucho más que con la memoria tienen que ver con el dinamismo que incesantemente sueña, brota, crea, re-actualiza.) Después, este segmento hispanohablante del hombre actual posee su inconfundible Modernidad histórica, tanto occidental como universal o mestiza, hecha gota a gota, vida a vida, de sabiduría o espiritualidad sobrehumanadora. Y en fin de cuentas, su *utopos* mismo, sustantivo y originario, de civilización de la evangelidad, del mundo de libres, que nos sobrenada siempre, como el aceite en el agua, dentro de todas las manifestación de la globalización deshumanizada que nos envuelve.

Lo que aquí se necesita es entonces gente que actúe creadoramente, cada cual desde su nivel o desde su nicho vital, para que esto que dejemos a nuestro paso sea un pueblo en forma. Para que esta comunidad humana, el conjunto de cuyos conjuntos (espléndido nuevo juego de la perenne caja de cajas de la vida) se llama España, recupere su plena conciencia colectiva, militante, de civilización de cultivo en directo del espíritu, tal como él está trabajando a todas horas, a costa de lo que sea, por encarnarse. Y es esto lo que hace falta taparse los ojos para no ver que estamos ahora en condiciones mejores que nunca de actualizarlo o realizarlo. Con la ventaja de que el motor lo llevamos puesto quienes trabajamos secularmente, civilizadamente, por que madure de una vez en cada uno y en todos el libre haciéndose, el sobrehombre de la evangelidad. Ya no es indispensable que sea la Iglesia el impulsor único y *sagrado* de nuestras energías de reactualización de lo mejor del hombre.

Una vez disipado el espejismo de la autofundamentación ilustrada, el hombre ha conseguido aterrizar serenamente (lo que daba de sí la tormenta del siglo) en el territorio sin explorar de su laicidad libre, absoluta, de su universalizada evangelidad. Los altos valores del espíritu se pueden generar ya también «por lo civil». La des-socialización alcanzada, manifiesta hoy por doquier en la sociedad española, está produciendo ahora a sus propias expensas dosis impresionantes de espiritualidad. Valga el ejemplo de ese noble sector de ONGs. que se viene dedicando entre nosotros al cultivo muy renovado de los valores perennes de la ayuda mutua. Sin ir más lejos, en el servicio a la víctima humana sacrificada por el sistema de opresión discriminadora del hombre (del varón, de la mujer, de la infancia) en todos los continentes.

Sin olvidar que este mismo movimiento de solidaridad de fondo se viene dando en toda España, y en todas partes. A la única originalidad que en ello podemos aspirar con fundamento es a la de poner a la disposición de todos nuestro milenario *u-topos*, construido desde su origen para poder transferirse y dilatarse en un dinamismo de mestización cada vez más abarcante, en dirección hacia el logro universal del hombre libre en comunes de libres, en mundo de libres. No parece que esto sea desmesurado; que deje de estar a nuestra medida este nuevo escalón al que puede subir ya el hombre español que ha recuperado su estatura internacional en el mundo de hoy.

Por muy legítima que sea la hipótesis del reduccionismo naturalista (España se queda en una mera sociedad material. Por ejemplo, en una de

las muchas naciones-Estado que hoy arrastra, el gran río globalizador del mercado mundial), ¿quién deslegitimaría la hipótesis alternativa de que los españoles estamos constituyendo un tejido social y *espiritual* en cuyos niveles profundos es posible ya reactualizar de nuevo nuestro viejo *u-topos* de raíz? Un *u-topos*, un sueño actualizador del mundo que nunca han concebido la totalidad de los españoles, ni siquiera probablemente una mayoría estadística. Pero sí unos buenos puñados de fermentos creadores, movilizados por el alto sueño de la sabiduría mística: el hombre nuevo, la nueva humanidad, el paciente remozamiento, día a día, vida a vida, de la genuina versión del sobrehombre; la civilización del amor o del espíritu que permita culminar, de frente y en directo, el proceso mutacional de la evolución humana.

A fin de cuentas, pocos «grandes depósitos», o soportes —no más de siete u ocho— de las más excelentes manifestaciones del espíritu creador del hombre ha podido almacenar hasta la fecha esta aventura única en el cosmos que es la evolución humana. Y uno de esos escasos registros fundamentales de lo mejor de sí mismo que el hombre ha dejado de su paso por la Tierra está escrito, codificado para siempre en castellano. Lo que en nada desmerece, sino que da mayor eminencia aún a los otros *u-tópoi* que han ido sucediéndose en la escena universal. Ni menos aún a los diversos modos hispánicos de existir y de decir nuestro inconfundible sueño del mundo: sean los lenguajes asociados, como el tagalo, el quechua o el guaraní, sean romances, como el portugués o el catalán, o ibéricos primitivos, como el vasco. Haber dejado esto en claro (aunque todavía no lo esté para todos: estos procesos son lentos) al terminar nuestra reactualización mutacional del siglo XX, valía la pena.